

PRIMER PREMIO

Un lugar sin nombre

Jesús Martín Sacristán

El general Lebrón apagó la lámpara que iluminaba en cuarto creciente la mesa de su despacho.

—Su vehículo llegó, mi general —le anunció el asistente. Descendieron la escalera acompasados los pasos repasando compromisos venideros.

—Por cierto, señor, aunque me precipite al hacerlo, quiero ser el primero en felicitarle el cumpleaños, que supongo celebrará mañana tomándose el día libre.

—Aquí estaré, capitán, al mando de los míos en la brigada policial.

—Un último asunto —llamó su atención sujetando la puerta trasera del blindado—, debo informarle que desde anoche una mujer se apostó en las inmediaciones del acuartelamiento solicitando que usted la reciba. Ante la negativa de la guardia, se recostó sobre una manta cerca del portón y amaneció insistiendo en su petición.

—¿Mencionó alguna razón?

—Precisamente, si me permite sugerirle, mejor hacer caso omiso porque suelen ser madres de detenidos que apelan a la máxima autoridad negando las imputaciones, presentando falsos testimonios o pidiendo clemencia. El agotamiento le hará retornar a su casa —sonrió.

—No obstante, indique a la guardia que le dispense lo básico.

—Desde luego, general —aseguró el asistente, convencido de que ese modo de obrar atraería a más mujeres dispuestas a levantar un campamento.

Lebrón ordenó al chofer salir pausadamente del recinto a fin de observarla. Fernanda Castillejo, valiéndose de un instinto clarividente, le aguardó cruzada de brazos presionando su manta plegada contra el pecho. Al contrario de lo esperado, su rostro no mostraba aflicción, sino un derecho adquirido que reivindicó en silencio, alzada la barbilla, exhibiendo una expresión noble. El general sintió un raro estímulo al contemplarla, aquella mujer liviana de cabello rubio, pinzado con refinamiento, irradiaba verdadero orgullo. El vehículo continuó su camino hacia Santiago aborregado en la densidad del tráfico, dirigiéndose a Cerro Hermoso, el sector donde residía su hija, quien lo esperaba en casa junto a un reducido grupo de allegados. Lebrón desconfiaba del exceso de familiaridad en el trato, con el roce se descubren las imperfecciones, se propician los atrevimientos y se destapan los intereses. Así pues, su primogénita decidió adelantar

al viernes la celebración para que acudiesen quienes en verdad le agradaban. Doblando la esquina el general levantó la vista al balcón y advirtió que ninguna sombra alborotada traslucía por las cortinas. Ella misma le abrió la puerta con una sonrisa de amor genuino, en escasas ocasiones Lebrón bajaba una guardia cimentada en posturas rígidas. El beso lo ruborizó mientras rastreaba con el ojo izquierdo el escenario. Enviudado hacía seis años, pasó con afecto revista a su venerada hermana y su cuñado, a un yerno de buen desempeño, nietos intentando abrazarse a su cintura y a contadas amistades de antaño que lo sonreían gozosos detrás de una mesa acicalada de canapés. Transcurrió una velada acogedora en la que se sucedieron anécdotas de una época cómplice que incluso consiguieron divertir al general, hasta que con fémica habilidad su hija lo introdujo en un dormitorio.

—Temí que al morir mamá no ibas a saber vivir solo, y mírate, estás radiante, papá —acarició su pechera.

—Lo llevo con estoicidad.

—La siento cada día entre nosotros, pero, sabes que somos cuatro ¿verdad?

—Si me vas a hablar de tu hermano, mejor déjame salir.

—Te lo pido por ella. Ya sé que Andrés cometió errores, no ha sido el hijo que esperabas.

—Me traicionó, y más de una vez —protestó.

—Quiere regenerarse, papá, busca tu perdón.

—Te engaña, como es su estilo.

—Esta vez siento que es sincero —posó las manos en sus hombros—. Quiero entregarte algo de su parte.

—No, no, olvídalo —se resistió tomando el pomo de la puerta—, es otra más de sus jugadas.

—Por favor —expresó en tono exigente presionando la mano sobre su solapa, justo antes de dirigirse hacia una de las mesillas. Extrajo de la gaveta un estuche sin envolver, diseñado con exquisitez, y regresó sosteniéndolo delicadamente entre los dedos.

—Sigue sin ser detallista, pero tú tampoco lo eras —dijo con un rostro que era la viva imagen de su madre, lo que rindió sin condiciones al general. Al abrirlo apareció un precioso reloj de manufactura suiza, esfera dorada y correa costurada en cuero, cuyas finas manijas resplandecían en perfecto equilibrio, las diez y diez, la pose regia del tiempo.

—Debió hacer un esfuerzo muy grande, quería compensarte a su manera todas las decepciones.

—Me es imposible aceptarlo —expresó receloso.

—Ni siquiera lo has pensado un instante —le recriminó—, hasta ese punto sientes aversión por Andrés.

—Yo no odio a tu hermano, simplemente sé que lo mejor para los dos es mantenernos a distancia.

—Llévatelo —dijo oprimiéndolo en su mano—, me apena ese corazón gélido. Sé que te refugias en tus principios y empiezo a estar un poco harta de ellos. Guárdalo en el fondo del closet, consévalo con todo lo que escondes allí adentro.

Acabada la celebración, al momento de despedirse la joven se abrazó a él en el rellano frente al ascensor arrepentida por su dureza, y rozando de puntillas las botas del general elevó el brazo en saludo militar como cuando era niña, con aquella sonrisa irresistible.

Compartiendo el asiento trasero del blindado, el estuche se convirtió en un acompañante incómodo al que rehuía con la mirada. Su mera presencia lo obligaba a recordar el juego, las deudas, el escándalo que puso en duda la honorabilidad de su apellido, incluso la corte de indeseables que lo rodeaba. Su destino sería, indudablemente, el fondo del closet.

Los primeros rayos de sol iluminaron el rostro mediatundo del general mientras se desplazaba por la autopista de Duarte hacia la brigada policial. El primer reporte de su asistente fue confirmar la permanencia de la mujer en las inmediaciones del acuartelamiento, pese a que Lebrón no llegó a avistarla a su llegada.

—Preguntó si podíamos darle acceso a un baño para su aseo y lo consentí siguiendo su indicación, general.

—Llévenla después a mi despacho, tengo el presentimiento de que su presencia conlleva algo relevante.

Fernanda se mantuvo inmóvil bajo el dintel de la puerta pese a que el asistente, impaciente, la sujetaba abierta por el asidero. Lebrón irguió la cabeza, le dio los buenos días cumplidamente y la invitó a tomar asiento. Al hacerlo, con cierto donaire, fijó sus ojos caoba en los de él dibujando una sonrisa de Mona Lisa.

—Y bien, dígame el motivo de su persistencia en acudir a mí.

—Su integridad, o era a usted o a ningún otro.

—Esas palabras no me comprometen.

—Lo sé, pero tampoco estoy acostumbrada a perder el tiempo.

—Proceda entonces.

—Mi hija ha desaparecido, tiene veintiséis años, es una joven que se vale muy bien por sí sola, sin embargo, tengo la certeza de que algo malo le ha ocurrido.

—Hace cuánto tiempo ocurrió.

—El jueves se cumplirá un año.

—Y lo hizo a voluntad.

—Equivocada —recalcó mientras Lebrón asentía suspicaz—. Soraya decidió casarse con un hombre bastante mayor que ella, atraída por su dinero, pensando en abrir un negocio que garantizara su independencia. El asunto es que topó con la hija de su esposo, una joven decidida a defender su herencia, y no la culpo.

—¿Las considera rivales de hecho?

—Hubo un principio de acuerdo, Soraya no estaba interesada en los bienes, que eran el grueso del patrimonio, aunque no sé en qué acabaron las discusiones. Lo poco que conocía de la situación me llegó de lejos; desde que se casó me apartó de su vida sin contemplaciones, ni siquiera un mensaje.

—¿Relacionaría algún otro conflicto con la desaparición de su hija?

—General, Soraya no es un angelito de Dios —reflexionó—; pocos días antes de su marcha le advertí: si vas en busca de dinero indecente, siempre te toparás con un enemigo directo.

La puerta se entreabrió y reveló la disputa del asistente con un joven empeñado en entrar al despacho.

—Es mi hijo —reconoció—, pretende evitar mi denuncia, pero yo ya he hablado con el hombre que me ayudará a encontrar a mi hija —afirmó imperturbable sin retirarle la vista.

—Capitán, permítale la entrada—. El asistente cedió a regañadientes no sin provocar el choque brusco de sus hombros, de lo que se resintió el entrometido.

—¿En qué cabeza cabe semejante estupidez, madre?

—Joven, le convendría guardar la compostura.

El individuo doblegó con los dedos la fina clavícula de la mujer, quien se resintió:

—Salgamos ahora mismo o le prometo que se arrepentirá.

El general rodeó la mesa hacia el abusador hasta ponerse a su altura y le machacó con la bota los dedos del pie haciendo que el valiente agitara los brazos preso de un intenso dolor. Liberado del aplastamiento, recorrió un trecho de la oficina a pata coja en tanto que Lebrón alzaba a la mujer cortésmente del codo y la acompañaba a la salida.

—Daré orden de investigar su caso. Mientras se alivia su hijo, proporcione al capitán un modo de contacto seguro—.

Seguidamente se inclinó junto a la oreja del joven, quien sentado se frotaba con fruición el empeine y, cruzado de manos a la espalda, le espetó: —Una mala palabra, un roce, y mi suela te reventará la entrepierna, ¿entendido?

Tan pronto voltearon del pasillo a la escalera, hizo llamar a Villanueva, Fortuna y Grullón. Los datos facilitados por Fernanda Castillejo condujeron al sargento Grullón a la población de Tamboril, un municipio tabaquero cuya gente es poco amiga de airear confidencias; pero el policía tenía allí su informante, un primo licorero de la calle Los Polanco capaz de adelantarse a cualquier registro criminal.

—No me agrada que vengas de uniforme, ahuyentas a la clientela.

El sargento advirtió que a su confidente le faltaban dos botones de una camisa de seda negra, que combinaba con un sombrero marfil al que insertó una pluma de ganso que un compinche recogió del suelo en Central Park. A Grullón le seducía esa vida de gallo nocturno en un corral de ponederos.

—Una mujer de clase, doña Fernanda, no merecía un esposo tan vulgar.

—Generalmente son los que rinden.

—El tipo ganó cuartos en un negocio de préstamos que se vino abajo al enfermar de leucemia, la desgracia se lo llevó todo yendo de aquí para allá, gastando un capital por sobrevivir. Ella es una viuda noble con recursos suficientes, pero el problema son un par de hijos extraviados.

—Los tengo en la mira.

—La joven es más lista, se procurará una vida estable sin depender de nadie. Hace tiempo que no sé de sus andanzas. En cambio, el otro, tarde o temprano acabará en manos de tus colegas.

—Me interesa más la chica.

—Se dice que fue dada en pago de una deuda incobrable y que doña Fernanda la crió como propia —afirmó vertiendo ron añejo en copas de fondo ancho.

Grullón acariciaba el borde cristalino antes de llevárselo a la boca.

—¿Por qué no te buscas a alguien que te cosa los botones? Aquel alzó la visera del borsalino con el índice.

—Y quién te dice a ti que no las tengo, una para cada uno, pero ambas se pelean por coserme los dos —torció el gesto—. Toma tu trago, cuéntame algo de mi prima y los niños, haré averiguaciones sobre el asunto.

—¿A qué se debe su visita? —expresó extrañada una mujer calzada con unos pikolinos de tacón grueso y hebilla dorada que capturaron la mirada de la teniente Fortuna.

—Le haremos unas preguntas sobre la joven que casó con su padre —contestó el capitán Villanueva, reacio a llamarla madrastra por no incomodarla.

—Mi padre falleció en julio, ¿lo sabían? Descansa en paz después de una vida honrada al frente de una pequeña constructora. El único episodio inapropiado fue aquella boda tardía.

—Debió sentirse usted traicionada —le incitó la teniente—. ¿Perseguía ella su fortuna?

—Y qué si no, aunque jamás lograría ser una mujer respetable —dijo señalándoles unas sillas del comedor.

—De hecho, usted heredó la mayor parte del patrimonio —indicó el capitán.

—Llegamos finalmente a un acuerdo, asumió que no era digna de ello.

Observándola detenidamente, Fortuna dedujo que su tez pálida era resultado de ocultarse compulsivamente del sol, o quizás debido al uso de algún ungüento.

—¿Lo hizo sin mostrar resistencia?

—En ningún momento perseguimos engañarla.

—¿Perseguimos?

—Estaba en manos de mis abogados. Ella misma confesó que no le interesaban las posesiones, iba detrás del dinero, sabía lo que tenía depositado mi padre en sus cuentas.

La teniente observó que la mujer se ajustaba constantemente el escote de su blusa, de por sí discreto, así que conjeturó que se trataba de un reflejo inconsciente al intentar encubrir elementos.

—¿Cuál fue el monto del acuerdo?

—Unos millones.

—Cuántos —insistió Villanueva.

—Veinte millones de pesos y noventa mil dólares.

—Y dispuso del dinero.

—En cuanto se lo permitieron.

La teniente decidió provocarla.

—¿Dio su padre efectivo a su madrastra en vida?

La mujer se sintió tensa, sin embargo, accedió a contestar empleando una artificiosa cercanía:

—Soraya insistía en que le ayudara a montar un negocio de préstamos; decía saber manejarlo, según entendí había una tradición familiar. Me negué en rotundo, iba a dilapidar su dinero. La situación creó un conflicto que me distanció de mi padre; aún me arrepiento.

—¿Por qué?

—Al morir todavía no habíamos hecho las paces —mostró turbación.

—¿Sabe si comenzó su negocio?

—Estoy convencida de que ya está cobrando intereses, he de reconocer que es muy lista.

—Piense antes de contestar, dígame dónde encontrar a Soraya.

Volvió a ajustarse el escote y respondió forzando un sentimiento de ofensa:

—Ni lo sé ni me interesa.

Villanueva y Fortuna salieron en silencio hasta rodear la camioneta. Ya en la cabina, el capitán subrayó: —Es una mala actriz.

—Apostaría a que es su socia.

—No existe un manual infalible que retorne al buen camino a un delincuente. Hubo un tiempo en que reconsiderábamos expedientes e intentábamos enderezarlos, pero

comprendí que se trata del molde con el que nacen, la mayoría de las veces resulta un esfuerzo inútil.

Lebrón había ido a visitar a su colega el general Quiroga, una vieja amistad competente en materia de desapariciones, cuya experiencia podría aportar luz al caso de Fernanda Castillejo. Después de escuchar su aburrida teoría sobre el entronque delictivo, su mente lo catapultó a un cuestionamiento interno: cuál debió ser la razón que llevó a su hijo a distraerse de los principios que le fueron inculcados. No estaba de acuerdo con Quiroga, sin embargo, rehuiría mostrar su postura porque ya éste había expuesto suficientes bagatelas, prefirió ir directo a lo que le interesaba.

—¿Puedes decirme algo sobre la hija de Fernanda Castillejo?

Quiroga frunció el ceño sorprendido.

—¿Cómo ha llegado hasta ti ese caso? Lo investigamos hace tiempo.

—Sé que te pertenece, por eso estoy aquí.

—Una historia conocida que no va a ninguna parte.

—Pero la chica sigue ilocalizable.

—A voluntad propia, con toda certeza. Descubrimos que se introdujo en una red de venta de relojes falsificados. Se esconde, como es lógico, aunque estoy convencido de que acabarán capturándola. Mi recomendación es que olvides ese asunto, déjalo en mis manos y te mantendré al tanto.

Lebrón entró en un estado de azoramiento, oír la referencia a relojes de pulsera falsificados le produjo un fogonazo del artículo que todavía reposaba en el asiento trasero del blindado.

—Quisiera disponer de un margen para investigar —disimuló.

—Es un sinsentido, mejor no te interpongas —le instó Quiroga—.

—Mi olfato siempre ha estado a tu servicio.

—Nunca conseguí ponerte freno —se rindió sonriente Quiroga—. Deberías venir un día a la finca como hacías antaño, pasaremos revista a Santiago mientras compartimos un asado —le dio una palmada en la espalda.

La teniente Fortuna, quien esperaba al general desde la otra esquina del patio en el segundo piso, lo vio salir del despacho de Quiroga avanzando hacia un frente de batalla imaginario. El rostro intermitente tras las columnas era el de un hombre encabronado dispuesto a actuar sin indulgencia. Dudó en reportarle sobre la indagación con Villanueva, pero la celeridad del general apenas le dio opción.

—Quiero que me informen de cada detalle, por nimio que sea —se adelantó enérgico—. Tanteó el bolsillo del pantalón e indicó a la oficial: —Vaya antes al despacho del general Quiroga, déjelo olvidado allí mi celular—. Fortuna arrancó convencida de que iba a tener que expresarse con precisión para evitar la acritud que destilaba su superior.

Grullón, nuevamente en la licorería de Los Polanco, no conseguía captar toda la atención de El Gallo, que torcía la mirada hacia unos descerebrados a la espalda del sargento, a punto de comenzar una reyerta.

—Ten paciencia, primo, lo que voy a mostrarte resolverá tu asunto —le aguantó en la barra de su negocio a la vez que empuñaba un palo de billar colgado a su espalda de dos cabezas de culebra corredora.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció el sargento.

—Tranquilo, un puro trámite de orden.

Cuando el principal alborotador giró, el ala afilada del sombrero borsalino rozaba su córnea e inmediatamente sintió el taco clavado en la barbilla.

—Déjame darte un consejo, fantoche, compórtate o acabarás sorbiendo sopitas en el traumatológico de Bosch, ¿entendiste? —le cantó mientras el otro asentía con los ojos.

Volvió jactancioso con el palo bajo la axila como si en vez de una advertencia le hubiera espetado un par de versos trágicos de chéspir y posó esta vez delicadamente la vara disuasoria sobre los ofidios.

—Eres un espectáculo.

—Le tienen más miedo a mi socio, un tipo que engulle orejas crudas. Créeme, le ahorra bastante trabajo a la policía—. De seguido sacó del bolsillo un papel que desdobló ceremonioso ante las narices del sargento y lo estrelló sobre la barra.

—¿Ahora haces dibujitos?

—Este mapa indica donde se encuentra el negocio de los relojes falsos —punteó con el dedo.

Grullón lo examinó dándole vueltas hasta que se apercebió del lugar que indicaba la flecha.

—¿Quién te dio la información?

—Sorbiendo sopitas —señaló al alborotador venido a más tras un par de tragos por la casa—. No saben tomar —se quejó.

—Lo comprobaré —dijo agitando el plano.

El Gallo sonrió burlón rellenando los vasos.

—¿Quieres una prueba? —captó de inmediato la atención de Grullón—, mírale la muñeca.

—Espero que su primo, el gangster, no nos haya dirigido a una trampa —pronunció sardónico el capitán Villanueva, pertrechado con un chaleco antibalas.

—Hemos estado al acecho del almacén durante cuarenta y ocho horas, el general acertó adelantando la orden —aseveró el sargento Grullón, mientras sostenía en posición de asalto su arma.

—¿Listos? —cuestionó la teniente Fortuna a través de la radio a un par de interlocutores. Al recibir la confirmación, indicó a sus compañeros que el cerco estaba en orden y que podían proceder de inmediato. El capitán dio la señal y avanzó veinticinco metros en cabeza de una columna a la vez que otra lo hizo desde la dirección opuesta hasta una ventana corrediza situada en el muelle de carga que el sargento forzó habilidosamente mediante

una palanca. Al tiempo que se deslizaban ágiles al interior del depósito comenzaron a oír el eco de unos gemidos. El capitán y sargento se contemplaron convencidos de que se estaba realizando una tortura, aunque debían evitar toda precipitación a riesgo de arruinar la operación. Fortuna se asomó a una de las cajas de mercancía clasificadas en estantes; era evidente que actuaban con la minuciosidad de una organización profesional.

—Esta rata no hablará más, pero ya nos ha puesto en peligro —escucharon de una voz ronca—. He tenido que venir a enseñarles, no merecen ser nuestros socios.

—Eh, abrimos un mercado en el Este que ni soñaban, menos allante, lo habríamos resuelto por nuestra cuenta.

—Escucharon de una joven orgullosa, lejos de arredrarse.

—Hay demasiado en juego —respondió el individuo.

—Nadie lo invitó —se empoderó ella. Y en medio de un tenso silencio, la hebilla de una bota hizo resonar una base metálica desde la columna policial opuesta a la del capitán. Todo el mundo se puso alerta, pero la banda se adelantó y en solo un instante engancharon el cuerpo del torturado y se introdujeron en una voladora, un vehículo ligero de carga con puertas laterales cuyo arranque precedió a una balacera que hizo refugiarse a los policías tras unos anaqueles. La voladora sufrió unos impactos que no la detuvieron, su escape fulgurante se encaminó por una calle perpendicular a cuyos flancos se parqueaban carros desordenados frente a cobertizos.

De uno de ellos comenzaron a salir asustados miembros de una comunidad cristiana convencidos de que los tiros provenían de una calle principal, lo que destruyó el cerco. La voladora sorteó al cúmulo de creyentes y a punto estuvo de arrollar a los más endebles, rescatados a centímetros del tren delantero. Los fugitivos consiguieron girar por una vía inexistente en los planos urbanos. Tras atravesar aquella oscura estrechez se liberaron en una avenida de pavimento esplendoroso. El capitán Villanueva aplastó sus mandíbulas justo antes de voltear la cintura en busca de la teniente Fortuna, quien era la encargada de articular la comunicación. Dónde demonios estaba, se preguntó. Quince segundos después la oficial, siguiendo un instinto providencial, apareció en un callejón lateral manejando intrépida por encima de socavones y presta a recoger a los suyos, dispuestos a una feroz persecución. Los cristianos se abrieron como si fueran el mismísimo diablo y en un santiamén se plantaron ante el paso exiguo que atravesaron los delincuentes.

—¡Vamos, teniente, usted puede! —gritó Villanueva.

Pisó valiente el pedal y con un gran estruendo metálico avanzaron a duras penas estrangulados por las paredes que reventaban los laterales de la camioneta igual que la gelatina. La potencia del vehículo permitió una progresión autodestructora que hacía detonar chispas, no obstante, nada contuvo a la oficial, que percibió un inquietante olor a goma chamuscada. El pasillo triturador asomaba a su fin, aunque

aún hubo de hacer pedazos el interior de las puertas que los ocupantes ignoraban en su excitación. La vista de la camioneta en la desembocadura era la de amasijos en sus costados que se desprendían rozando el asfalto chirriando. En pocos metros se desarmó por completo en los flancos y expuso al aire a unos policías rígidos pero eufóricos. Escogieron la ruta sur que los llevaba a la provincia, seguros de que intentarían esconderse en un campo, aún con la esperanza de avistarlos mientras aceleraban temerariamente. Fortuna, Villanueva y Grullón iniciaron una persecución desatada, rayando lo inadmisible por el peligro creado a los transeúntes. Sin embargo, el hábil zigzagueo de la teniente los mantuvo siempre en carretera ganando un terreno indefinido, hasta que llegó un aviso desde el intercomunicador policial adosado al hombro de la oficial.

—Atención unidades, los vieron pasar a la altura del Santo Cerro en sentido sur.

Villanueva celebró el acierto y protestó ante el panorama, la banda fue sagaz al preferir tal camino puesto que a poca distancia de donde se encontraban se sucedería un cruce tras otro dispersando así las posibilidades de atraparlos. El plan no se alteraba, su vista no sólo se concentraría al frente, sino también en cualquier rastro de polvo en suspenso sobre un camino transversal, incluso una caja de mercancía de la que se desprendieran para no facilitar pruebas en caso de ser capturados. El silencio regía la cabina salvo algún exabrupto

justificado por el riesgo, hasta que poco antes de llegar a Las Martínez el sargento gritó:

—¡Deténgase teniente!

Grullón se bajó de la camioneta aún en marcha y, tras enderezarse de un tropiezo, corrió sobre el asfalto en sentido inverso, lo que obligó a Fortuna a parar bruscamente. Torcieron sus cuellos hallando al sargento en trote de vuelta con un espejuelo retrovisor en la mano.

—Es de la voladora, miren —señaló pintura coincidente con el pasadizo estrecho.

—Están cerca —dijo el capitán oteando el entorno—, la huida debe haberlos puesto al límite.

El intercomunicador de la teniente Fortuna emitió la voz de un oficial que les transmitía la disconformidad del general Quiroga por haberse realizado la operación a sus espaldas, en clara violación a su autoridad. A partir de ese momento tomaría el mando reclamando un reporte inmediato de su posición y del estado de la situación.

—Lebrón tomó este asunto como algo personal, hasta el punto de ningunearlo —apuntó el capitán.

—¿Qué hacemos? —cuestionó Fortuna.

—Ignórelos —dispuso—. Deben ponerse a la orden del oficial que comanda la unidad que les sigue —se escuchó desde el hombro de la teniente.

—A ver cómo el general nos saca de este pleito.

—Capitán, estamos perdiendo tiempo —irrumpió el sargento—, entremos de una vez en Las Martínez.

—Ustedes alegarán en todo momento obediencia debida —ordenó—.

La teniente accionó el vehículo sin miramientos mientras examinaron cuidadosamente el entorno. Un minuto después atravesaban Las Martínez con la vista en las bocacalles hasta que el sargento apuntó rozando la nariz de Villanueva una entrada a la derecha que los conduciría a la piscina municipal. Avanzaron con calma ajenos al estruendo bachatero de un par de colmados cuando, ya cortos de expectativas, la voladora irrumpió en el carril cincuenta metros adelante por temor a ser descubierta en un recodo sin salida. Mantenía sus puertas laterales abiertas en previsión de una forzada huida a la carrera. Fortuna pisó el gas hasta hundirlo y se produjo un disparo que agachó las cabezas de los policías; no obstante, se mantuvieron las distancias tras el siguiente giro que los retornaba a la vía principal. Los oficiales sintieron haber ganado terreno, pero al acercarse a la voladora por detrás los fugitivos lanzaron un cuerpo al asfalto que la camioneta policial aplastó bajo sus ejes. El inmediato intento de esquivarlo provocó una colisión que clavó una chapa descolgada en el neumático izquierdo. Las maldiciones de los policías al desmontarse se oyeron en todo el vecindario; seguidamente indagaron el estado del cadáver ensangrentado que poco podía revelarles. Lo identificaron como el torturado presente en el almacén nada más comenzar el operativo.

—Carguémoslo y volvamos a toda prisa al almacén —les movilizó el capitán—, nadie debe de inspeccionarlo a conciencia antes que nosotros.

Una camioneta desbaratada, oscilante en una llanta que se substituyó en un abrir y cerrar de ojos, llegó emitiendo un ruido a cacharrería ambulante al acceso que circundaba el almacén, hasta la salida que usó la banda en su escapada.

—Cómo pude fiarme del pendejo de Beltré al establecer el cerco —se reprochó Villanueva.

El momento fue aprovechado por la teniente para disculparse.

—Lamento, capitán, haber perdido el control justo cuando estábamos a punto de cazarlos.

—Está en un error, Fortuna, ni Grullón ni yo lo hubiéramos hecho mejor.

—Cierto —corroboró el sargento dándole una palmada en el hombro.

Se introdujeron con tiento en un depósito que ahora parecía más oscuro y, pasado apenas un minuto, el sargento, en cuclillas, llamó la atención de sus compañeros que acudieron de inmediato.

—¿Es eso lo que pienso? —trató de corroborar Fortuna.

—Así es, una lengua seccionada que a poco encontramos todavía sacudiéndose —la pinchó y alzó con una navaja.

—Se despacharon con el tipo.

—Ya estaba muerto cuando usted lo arrolló, teniente —despejó Grullón sus dudas.

El capitán se incorporó y caminó hacia la silla derribada donde estuvo amarrada la víctima.

—He de reconocer que se movieron rápido.

—El rastro de sangre indica que lo arrastraron del caballo y lo lanzaron a la guagua. Les molestaba abandonarlo vivo, incluso mudo.

—No sé, no las tengo todas conmigo, quizás recibieron una señal de antemano.

—¿De uno de los nuestros?

—¿Le sorprende, teniente?

El sargento examinó el pasillo central del recinto removiendo las cajas.

—Dudo de que aquí se encuentre toda la mercancía.

—Identifiquemos el cuerpo, tal vez sea el único resquicio por donde asomarnos.

El general Lebrón reaccionó encogiendo los párpados delante de sus tres agentes de confianza al oír la identificación del dueño del independizado apéndice bucal.

—¿El hijo de Fernanda Castillejo?

—Y hermano de la supuesta desaparecida —apuntó Villanueva.

—De modo que lo ejecutaron por soplón.

—Se fue de la lengua, literalmente —añadió jocoso el sargento.

—Ese cabeza hueca intentó venderlos a una banda rival, a un policía corrupto, o ambas cosas a la vez —expresó Lebrón.

—Me jugaría el pescuezo a que la tal Soraya era la que estaba en la nave cuando llegamos —dijo el capitán.

—El pendejo trabajaba a las órdenes de su hermana, y la traicionó —le apoyó Grullón.

—Fue el sicario de un presunto socio quien lo torturó —iluminó la teniente—. El tipo se lo restregó con sangre.

—Siendo así, quedan bastantes cabos sueltos. Saben de toda la vida que no estoy interesado en pruebas judiciales, sino en las certezas —concluyó el general.

A la salida del despacho, Fortuna detuvo la marcha de sus compañeros hacia su acostumbrado enclave en la brigada.

—Quisiera volver a tener una conversación con la hija del constructor.

—¿Cree que obtendrá algo más de ella?

—Estoy convencida, no me cuadra su nivel de vida después de partirse la herencia. Mi sospecha es que participa en el negocio de la banda.

—De acuerdo, teniente, confirme sus conjeturas —aprobó Villanueva.

—La acompañaré —sugirió Grullón.

—Preferiría ir sola, se sentirá menos intimidada y bajará la guardia. Un gesto de extrañeza se reveló en su rostro antes de otear ambos lados del patio.

—No tengo más que añadir —aseguró contraponiendo la palma de su mano a la puerta.

—Creo que fuimos bruscos con usted, una conversación más distendida podría revelarnos algún detalle valioso, si no le importa —sonrió la teniente.

—Permítame dudarlo, aunque dado su cambio de actitud, la recibiré con gusto.

Avanzaron hacia un tresillo mullido forrado con un aterciopelado mate debido al rozamiento de las sentaderas y ocuparon sus extremos en disposición abierta.

—La visita fue oficial, pero yo comprendía la contrariedad que le supuso el matrimonio de su padre con Soraya.

—Difícilmente... —trató de objetar.

—Viví una situación semejante que, en mi caso, provocó que abandonara la casa.

—¿La obligaron? —se sensibilizó momentáneamente.

—Digamos que fui a parar muy joven a la policía, donde me adapté una nueva vida.

—Debió ser duro.

—¡Oh, no! Me gradué en la universidad y hoy soy una mujer realizada.

—Aun siendo una situación distinta, también puedo considerarme satisfecha, luché por lo mío.

—¿Cree que Soraya sentirá lo mismo que nosotras?

—Tal vez le suene poco creíble, pero quise ponerme muchas veces en su lugar. Me resisto a pensar que hoy alguien se entregue gustosamente a un hombre con tanta diferencia de edad. Además, le confieso que mi padre no era ningún

galán —dijo reconociendo para sí que más bien le pareciera un sujeto hosco—. Sentí desde el primer momento que con sus pretensiones me estaba robando lo mío, y la odié. Fue después del fallecimiento que evité una confrontación despiadada.

La teniente no creyó en absoluto tal condescendencia, sino que más bien respondió a un interés.

—Soraya obtuvo lo que quería entonces —mencionó Fortuna—. Pensamos que está en un negocio más oscuro que los préstamos y esa es la razón por la que permanece oculta.

—¿Desearía tomar un café? —ofreció la heredera.

—Acepto de buena gana si me acompaña.

—Deme un ratico, me interesan sus averiguaciones —expresó mientras se dirigía a la cocina.

La teniente aprovechó su ausencia para incorporarse y observar con atención muebles, retratos, figuras y repisas. Una ráfaga de sus ojos descubrió un objeto enmarcado sobre terciopelo azul oscuro que la dejó petrificada. Segundos después se encontraba frente a él acercando la nariz al vidrio protector y concentró su vista en leer el enunciado de una placa: Pistola parisina usada en duelos Henry Le Page, fabricada en 1843. Resultaba irregular la presencia de un arma de duelo sin el acompañamiento de su par, en lo común dispuestas en sentido inverso sobre una misma caja forrada y compartimentada en madera tallada. Pero Fortuna conocía el paradero de la contraparte desaparejada, la retuvo en su mente el día en que el general Lebrón, aturdido tras abandonar

el despacho del general Quiroga, le ordenó recuperar su celular olvidado sobre la mesa que los separaba durante un encuentro encendido de resquemores. La descubrió encima de una gavetera alta pulida en adornos barrocos, imposible de resistir a la atracción, donde apreció el mismo cincelado en relieve de la empuñadura con incrustaciones doradas y el cañón octogonal de acero forjado. De su curiosidad histórica supo que el disparo de esas pistolas no se dirigía por la mirilla, sino que se apuntaba instintivamente como lo hacía ahora al pacto de dos hombres que compartieron unas piezas únicas en señal de lealtad. La teniente se devolvió al asiento con dificultad para ocultar la excitación que le produjo su hallazgo. Ya con la taza en la mano, sosteniendo con la otra el platillo se decidió a presionar.

—No es descabellado pensar que su padre introdujera a Soraya en un negocio que compartiera con un antiguo socio.

La heredera se desconcertó visiblemente.

—Lanza usted una suposición sin fundamento.

—Y que usted participara también como parte de la herencia —continuó presionando.

—Me son indiferentes sus absurdas deducciones.

—De seguro su padre hizo amistades poderosas, ¿llegó a conocerlas?

—Creí que su intención era buena, me engatusó, le agradecería que se marchara de mi casa.

Fortuna abandonó el lugar con la convicción de que había atado los cabos de un entramado en el que convergían influencias, estafa y la criminalidad de una banda organizada.

Villanueva recibió contrariado el reporte de la teniente, hasta el punto de no sentir la emoción de contemplar al alcance de su mano la resolución del caso. En buena parte, por asumir que el desenlace sería escabroso. Tras veinte minutos en disputa interna sobre si haría o no partícipe al general Lebrón de una inmediata acción de abordaje a la finca de su colega, el general Quiroga, quien en tiempo fue un hombre cercano, el capitán optó finalmente, asumiendo un elevado riesgo de pagarlo caro, reunir consigo a Fortuna y Grullón y emprender sin más apoyo una operación sigilosa e indagatoria que sólo podría culminar después de obtener una prueba palpable o, de lo contrario, convertirse en el hazmerreir del cuerpo. Definitivamente no involucraría a Lebrón, lo protegería de cualquier cuestionamiento. La certeza que le transmitía la teniente se convirtió también en suya, conocía de antaño la finca de Quiroga y ambos estaban dispuestos a jugarse el todo o nada a que aquella suntuosa construcción levantada en medio de un copioso bosque al este de Monción albergaba en su interior la mercancía y el escondite de la fugitiva Soraya.

Partieron a las seis de la tarde con la intención de hacer su cómplice a la oscuridad. Villanueva repasó con la teniente y el sargento la disposición de los levantamientos que circundaban la casa y el plan trazado.

—Quiroga es un prototipo del culpable que se diluye en lo rutinario, no existe mejor forma de ocultarse —meditó en voz alta Fortuna.

—La palabra confianza no existe entre los policías, teniente —apuntó Villanueva.

—¿Ni siquiera entre los nuestros?

—Eso que usted llama ‘los nuestros’ se limita a quien cubre su espalda, siempre que no sea muy ancha —le aclaró el sargento.

La camioneta se detuvo sin hacer ruido a cincuenta metros de la finca; la casa se avistaba luminosa y ocre por los lamparones que colgaban de herrajes enroscados.

—Estén atentos a las cámaras de vigilancia. Luego de resguardar la camioneta bajo aquellos árboles bordearemos la cerca a una distancia que nos haga indetectables. A mi indicación, atravesaremos un punto ciego y nos separaremos cubriendo ambos ángulos —ordenó el capitán.

Avanzaron despacio marcando las suelas en una tierra llana y grumosa. El lugar por donde se introdujeron los llevó a un cobertizo que los cubriría al atravesarlo, situándolos ventajosamente en una posición cercana al costado de la casa. Nada más adentrarse en el mismo, Villanueva identificó, gracias al reflejo lunar procedente de una claraboya, una reliquia que lo embaucó durante segundos: un Willys MB que el ejército norteamericano usó en la Operación Power Pack, la segunda invasión estadounidense a la República Dominicana allá por el 65, debida al erróneo temor de que el país se convirtiera en

una segunda Cuba. Se había topado con la lata de gasolina que colgaba de su trasera izquierda y bordeó el jeep hasta acariciar el poderoso faro montado sobre el guardabarros que el conductor maniobraba para alumbrarse en un frente difuso. Llegados a una salida abisagrada evaluaron el escenario: en una explanada refulgente contrastaba la sombra alargada de un guardián apostado en la esquina anterior de la casa. Villanueva cabeceó al sargento para que se deslizara canto a canto por la pared y propinara un tremendo culatazo al cráneo del individuo. La teniente escuchó en la distancia el impacto seco hasta dolerle el propio parietal. Despejada esa franja del terreno, Villanueva y Fortuna rodearon los muros en dirección contraria y se apostaron junto a un amplio ventanal a través del cual descubrieron una situación inaudita que los paralizó. Un cúmulo de vidrios cuadriculados los separaba del general Quiroga apuntando con un revolver al general Lebrón, mientras permanecían sentados en dos sillones contrapuestos a corta distancia, separados por una alfombra de tonos cálidos, ribeteada en azul, dispuesta a los pies de una chimenea marmórea. Un leve murmullo les permitió distinguir tramos de su conversación.

—Siempre detesté esa falsa camaradería, a mis espaldas intentaste derribarme celoso de mis privilegios —espetó Lebrón.

—¿Privilegios? Jamás me lo propuse —descartó el otro irónico—. Mi esfera era distinta, por mi parte podías recibir toda esa basura sin que en nada me afectase. Sabes tan bien como

yo que lo importante no es la hojalata, sino el poder. En eso hemos sido auténticos competidores.

—Cínicos competidores, diría yo, con la diferencia de que sólo querías poder para robar impunemente, y lo conseguiste —reconoció.

—Dos historias paralelas, tus métodos son más indecentes que los míos. Aun tratándose de criminales, has sido un exterminador; austero, pero perverso al fin.

—Alguna sabandija quedó en el camino —se reprochó.

—¿Cómo tu hijo? —A Lebrón le rechinaron los dientes— ¿Un pobre descerebrado que no sirve ni para estafar a una vieja?, ¿de quién recibiría los genes ese necio muchacho?

—Fue una astuta jugada involucrarlo en tu negocio y así mantenerme callado en caso de destaparse. La sorpresa es que igual vendría en tu busca, yo mismo lo metería antes preso. De hecho, ya está tras las rejas.

—El padre inmisericorde, qué tragedia —se mofó. Siguió la pista del hijo bobo y vino a arreglar cuentas decidido a eliminarme; pero estás mayor, cumpliste a la perfección el plan sin reparar en que te vigilaban.

Al tiempo que se producía aquel diálogo entre odios enraizados, el sargento Grullón daba cuenta de otro incauto apostado junto a una ventana frontal por la que el centinela caído espiaba el dramático intercambio de los generales. Fortuna, desde su posición, sujetaba el arma reglamentaria explorando el interior del salón y halló circunspecto, apoyado en una

bastarda columna griega, a un individuo al cual identificó como el torturador que huyó con la banda en aquella voladora inalcanzable. Al verlo acariciar su revolver lo apuntó directamente a la sien en previsión de una ejecución.

—Jamás habías cometido un error semejante y, lamentablemente, es tarde para subsanarlo.

—Ajustaremos cuentas, puedes asegurarlo —le espoleó Lebrón.

—Siento que tu muerte resulte patética —sonrió levemente.

Una décima de segundo después de que el sicario diera un primer paso a espaldas del sentenciado, la teniente Fortuna le voló la tapa de los sesos. El ruido de la detonación y la explosión de la masa encefálica aturdió a los generales, pero Lebrón aprovechó el desconcierto ágil en lanzarse hacia el revolver que aún lo apuntaba y acabó en el suelo con su oponente forcejeando por un disparo justiciero, volcados tras el sillón. Villanueva y los suyos, impotentes para reaccionar, sobaron sus gatillos desesperadamente cuando se escucharon, una seguida de otra, dos detonaciones que no les alumbraron en absoluto. Transcurridos unos instantes interminables, una mano ensangrentada surgió débil en el cabecal del mueble y, de seguido, se irguió enrojecida la cabeza del general Lebrón mostrando un gesto dolorido. El capitán tomó una corta carrera y atravesó con su impulso los vidrios, incapaz de sostener el equilibrio, descompasado como una marioneta. Todavía confuso, tomó el brazo del

general y lo elevó, pero éste se resistió al sentir la herida de bala que se adentró por el torso derecho, amenazando con perforar el pulmón. A sus pies, Quiroga yacía muerto a causa de un proyectil con orificio de entrada en el cuello, que afectó a la vena yugular interna. Los policías acomodaron al general nuevamente en el sillón asegurándose de presionar la hemorragia y sin demora Villanueva y Grullón rastrearon el entorno del salón. Una barandilla de roble asentada en balaustrés de talla dórica los condujo a una escalera descendente y angulada que bajaron codo en alto apuntando al frente. El conducto había sido recubierto de planchas aceradas y concluía en una puerta sólida que preveía su espesura, coronada por una cámara de vigilancia cuyo objetivo los escrutaba. Una delgada rendija asomaba una luz amarilla a modo de invitación envenenada. Villanueva empujó levemente la puerta con la yema de los dedos y, conforme se abría el arco de su visión, apareció una joven que los esperaba con los brazos extendidos y las palmas hacia delante, cual virgen en estado de pureza, sin intención de agredirles. La reconoció por sus ojos absorbentes y un cabello caótico, renuente al convencionalismo; no obstante, procedió al trámite ordinario:

—Identifíquese.

—Soy Soraya Espinal, la que se burla del tiempo —levantó el brazo y mostró tras de sí un inmenso recinto a su espalda, acondicionado para albergar miles de relojes falsos en reproducciones de lujo.

—A todo el mundo le llega su hora —dijo el sargento.

—¿Le parece bien las diez en punto? —precisó Villanueva al consultar su esfera—.

—No confunda su tiempo con el mío —sonrió perspicaz.

Derecha la espalda y en silencio, el general Lebrón contemplaba asombrado de sí la casa donde residía Fernanda Castillejo, la mujer que, todavía no alcanzaba a entender cómo, le produjo un arrobamiento inusitado desde aquellos entusiasmos ya diluidos. Su convencimiento de que era una emoción recíproca, tal vez abusando de una seguridad insólita, rozaba lo temerario. El hombre, pensó, se dirime entre realidades y ensoñaciones, pero había llegado a la conclusión de que unas se necesitan a las otras. Decidido al fin, bajo la luz del crepúsculo dio unos primeros pasos al frente sin placa que lo guiara, porque el futuro, siempre, es un lugar sin nombre.

Jesús Martín Sacristán



Es periodista senior del Departamento de Comunicaciones del Banco Central de la República Dominicana y editor del periódico económico y financiero «El Mercantil» y la revista de negocios «Yale Executive». Ha ejercido como periodista en la revista «Mercado», «Multimedios de Caribe», «Radiotelevisión Andalucía» (España), «Antena 3 de Radio» (España) y el diario «El Independiente» (España), entre otros medios. Es autor de la novela *Poderosas razones*, editada en España por Editorial Sarriá. Este relato fue uno de los diez finalistas en Premio Planeta de 2002 (Barcelona, España). Es también profesor de Teoría de la Comunicación en la Universidad APEC de Santo Domingo, República Dominicana.